

ñeta seguía "idien", "idien", algunas más, una docena, y luego la gente menuda: dependientes de la Negociación, muchachas empleadas en el Banco y la Tienda de la Compañía y como cuarenta ó cincuenta más, pero todas ellas guapas, alegres, fuertes y robustas muchachas fronterizas con ganas de divertirse siempre á toda costa. Los varones viejos y jóvenes abundaban más que las hembras y también con voluntad á toda prueba de divertirse y de bailar hasta con la de la pluma de avestrúz.

Dieron las ocho P. M. y abriéndose paso el Cashier, ordenó ceremoniosamente al Jefe de Policía, abriera las puertas del salón y después de secretarse, también con toda ceremonia con los músicos ya prevenidos, estos se adelantaron y con todo la fuerza de sus pulmones y dedos, amen de la correspondiente inspiración filarmónica, la emprendieron con una ruidosa marcha. La concurrencia penetró en el salón encabezada por el Cashier y personas de respeto. Los muchachos guasonamente se apretaban en las puertas, al entrar, con las muchachas. ¡Oh ardor juvenil! y por fin cada cual ocupó su asiento.

Nuestro querido Cashier ocupó al trono, á su derecha se sentó un joven yanqui, el prefe-

rido por el Cashier, famoso por haber hecho desaparecer veinticinco mil dollars de una Compañía minera de la que era Presidente y una multitud de operarios, los accionistas. La diestra la ocupaba un Sr. irlandés. Junto á éste el Curita, quien se secretaba con una ex-joven literata de opulentas carnes sentada á su sacro flanco. Por el otro lado las Sras. Robleda, del Cashier, de Castañeta, otras damas americanas, desdeñosas y descontentas de tener que codearse con las "mex;" unas solteras llamadas Rosas y como complemento, los Sres. Ediles, en número de cinco, completaban el personal directivo. Todo lo demás del salón estaba lleno de respetables mamás, de caballeros yanquis, todos ellos Knights, los músicos y la bullanguera juventud, que vá en aquellos momentos aprovechaba cualquier motivo para armar broma.

Concluyó la marcha. El Cashier se inclinó hácia un timbre. La ex-joven literata de opulentas carnes, se levantó y acercándose al bandal del estrado, lanzó un discurso cuyo tema era la noble misión de los Knights; celebró con entusiasmo rayano en delirio, la demostración que allí se efectuaba, al inaugurarse en un edificio de la Administración Pública

33420

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

Asociación destinada á defender la religión santa, sacrosanta, divina, sublime y poética de nuestros nobles antepasados; elogió al Curita tan calurosamente que este se ruborizó hasta la tonsurada coronilla, apesar de ser autóctono de pura sangre y ser por ésto, difícil de conocerle el susodicho rubor; el Cashier tuvo también sus perfumadas flores y se sospecha que también se ruborizó y por fin concluyó la brillante pieza oratoria con un final lleno de santa ira y de furibunda indignación al referirse la oradora que, apesar de la nueva aurora que lucía brillante y refulgente para la religión, y apesar de la decidida protección de nuestras autoridades por conservar el divino freno de esa misma religión en el hocico del pueblo, y apesar de los pesares, existía en México, en la misma Capital de nuestra idolatrada República, de nuestra libre y próspera Patria, existía para abominación de propios y extraños, un "sinvergüenza," un pillo, que era la condenación de nuestro país, siendo que ese pillo no tenía ningun derecho de vivir en ésta, nuestra adorada México..... allí se detuvo la oradora y sólo el abogadazo Castro pudo entender que el pillo y el sinvergüenza podían ser ó D. Juan A. Mateos ó D. Justo Sierra. Nosotros no sali-

mos garantes sobre el particular. Concluyó la oradora retirándose aplaudida y abrazada hasta el frenesí.

Quizo en seguida hablar el abogado Castro sobre las bodas de Camacho (tal vez seria D. Sebastian) pero el Cashier no lo dejó, quien tocando de nuevo la campanilla concedió su turno al joven telegrafista del lugar, un joven de maneras ostensiblemente afeminadas, que cantó con voz terriblemente nazal y acompañado por el piano, una danza llamada "La Casita". Cancionsita de amor, sencilla y significativa, que encuadraba divinamente con el caracter religioso de la fiesta, pues en esa cancioncita se le promete á la novia llevarse al monte donde se amarán sin mas testigos que el campo y Dios. ¡Lindo papel le hacia representar á Dios el joven telegrafista!

Llegó la hora solemne; el Cashier tocó la campanilla por tercera vez y poniendose todos en pie, comenzo á hablar; su voz trémula por la emoción, le hacia comprimir las palabras:

—Pues Señoras y Señores. Aquí.... nos encontramos.... nos encontramos.... pues..... reñidos.... pues por que debe inaugurarse este palacio..... no, digo.... este salón donde deben ser..... muy patriotas los

Señores ..... los Señores "Municipios" ...  
 ...Pero en fin. Como todo debe ir en orden  
 ..... pues entonces ..... inauguramos con  
 el favor de Dios ..... la sociedad Knights of  
 Columbus ..... por que esta sociedad, pues  
 ..... es para ayudar al Sr. Cura y ..... á  
 Dios. dije. Y .. bueno yo les ruego .... que  
 sean siempre buenos católicos, apostólicos ro-  
 manos y ..... bueno ya esta inaugurado todo,  
 todo. He dicho. He dicho y .....

El Cashier sudaba á chorros. Nunca las ha-  
 bía pescado tan fuertes, pero el Espíritu, el Ge-  
 nio del Cristianismo que inflamó á los mártires,  
 soplabá en sus orejas en aquellos momentos,  
 con una ventolera de dos mil demonios y esto  
 lo volvía heróico.

Luego que el Cashier "soltó" la palabra, el  
 Maestro músico azotó furiosamente el aire con  
 su bastón á guisa de batuta y los acordes mar-  
 ciales de nuestro glorioso himno nacional, el  
 mismo himno que deleitó á S. A Serenisima, á  
 nuestro gran Santa-Ana, atronaron las paredes  
 de la estancia y salieron por las ventanas como  
 heráldos de la santa y noble idea que acababa  
 de tomar forma en aquellos momentos que de-  
 berian ser imperecederos en las páginas de oro  
 de nuestra historia. El Cura, aquel represen-

tante de Dios en el Mineral, en un ademán  
 hierático se puso en pié, y alzando los brazos  
 al ciel oraso del salón de Cabildos, abrió los de-  
 dos de ambas manos como abanicos y lanzó  
 sobre aquel conjunto de escojidos de Dios, la  
 bendición Papal. Todo era entusiasmo y ale-  
 gria; los muchachos abrazaban á las muchachas;  
 la Sra. Robleda se enjugaba las salobres lágrima-  
 mas de sus ojos con los listones que adorna-  
 ban su vestido y al bajar y subir la altiva testa  
 para disimular su emoción, la pluma se endere-  
 zaba gallardamente sobre aquella noble cabeza  
 como una insignia de triunfadora gloria y la  
 tarjeta de los rótulos colorados bailaba sobre  
 su oreja, agitada también por el santo entusias-  
 mo de su dueña.

De nuevo el Cashier tocó la campanilla. De  
 entre un grupo de alegres chicos y chicas se  
 desprendió una joven vestida de blanco y rubo-  
 sa y semi-tímida, se adelantó hacia el estrado;  
 un joven judío llamado Arnold (el menor) la  
 seguía como caballero, ambos subieron las gra-  
 das del estrado y entonces se vió al Curita dili-  
 gente y galantemente cojer una arpa que esta-  
 ba en un rincon y la adelanta hasta el lugar don-  
 de habia de tocarla la ruborosa joven. El joven  
 judío concluyó por acomodar la arpa y la joven

después de sentarse colocó entre sus piernas el instrumento. La joven estaba guapa pero se notaba en su fisonomía una sonrisa extraña y peregrina y consistía en qué, en vez de elevar el labio superior al sonreír, era el labio inferior el que bajaba, dejando toda la dentadura de abajo descubierta. Ya se podrá imaginar el lector la extraña expresión que le daba esta sonrisa y la que siempre estaba caracterizando aquella cara; pero esto no obstaba para que tocara y tocó una canción americana que ella dijo llamarse "Lágrimas tristes de una enamorada bajo la oscura sombra de un viejo manzano." En la faena se reventaron varias cuerdas pero la canción concluyó en una nota prolongada tan dolorida y tan llena de sufriente pasión, que todos se sintieron conmovidos hasta las entrañas, mas ahora fué nuestro buen Cashier á quien le tocó llorar mas tiernamente. — La joven era su hija y ya le costaba su educación alrededor de diez mil pesos pagados en los colegios americanos. — Tenia razón de sobra el hombre (estos datos son recojidos de boca del Sr. abogado Castro) Sonriendo, con su extraña sonrisa, la joven hizo á un lado el arpa; el joven Arnold con exquisita galanteria y dirigiendole dulces y apasionados cumplimientos, le ofreció la ma-

no para ayudarla á bajar los escalones del estrado. Al dulce apretón de mano que él disimuladamente le dió, ella correspondió con una elocuente mirada en que se leía todo un mundo de promesas, una de esas miradas llenas de femenina expresión, miradas que sólo saben usarse en Southern California.

En seguidap oniendose en pié nuestro querido Cashier, todavía oyéndose los atronadores aplausos de la concurrencia, con voz aun mas conmovida se dirigió á los Knights, la mayor parte americanos y que se hallaban confundidos con los asistentes, y les dijo:

—Gentlemen: You promise before God, our very very . . . . . dear father . . . . . to be the . . . . . defenders of our sacred . . . . . religion.?

—¡Yes, Sir! ¡Yes Sir! . . . . .

—¡You bet! . . . . .

¡Sure! ¡Sure! — contestaron en distintos tonos los interpelados.

— ¡Well! ¡Well! ¡That is all right! — añadió el Cashier satisfecho de su grande obra y de no tener que hablar más.

La concurrencia juvenil impaciente por comenzar á bailar se inquietaba yá y empezaba á armar alarmante guasa, pero repentinamente fué interrumpida por la música que con

formidable ruido de bajos y latones y explosiones de roncadas armonías, lanzó la marcha de Lohengrin.

La ardiente, la intrépida juventud, no esperó mas y todavía sin finalizarse las notas de la marcha, despejó violentamente el salón de los asientos y adornos que podían embarazar el baile y sin dar tiempo para que tomaran resuello los filarmónicos, los obligaron á "romper" el baile. Pero era necesario que la primera pieza bailable fuera aún seria para que el elemento respetable tomara parte en ella. Era la costumbre.

La orquesta, después del preludio, abrió el fuego con un "Two-Steps" de compases como trancazos. Este no debía ser bailado sino marchado.

El Cashier invitó caravanescamente á la señora Robleda, tan arrogante y tan bella como nunca. y ofreciéndole el brazo la condujo hasta en medio del salón, detrás de ellos siguió Castañeta con la esposa del Cashier, luego el Doctor Tordillo con la literata; la mujer de Castañeta se colgaba del brazo del joven americano de los veinticinco mil dollars. Otro joven Doctor de cara rechoncha y de bigotes chinoscos, daba el brazo á una viudita; el Doctor ha-

cia reír á su pareja refiriéndole historias de color rojo subido y usando el lenguaje y la entonación canallesca que usan los léperos de Guadalajara, de donde era oriundo. Esta era su especialidad en cuestiones de galantería. Después de estos seguía el joven judío con la hija del Cashier, el telegrafista con una de las solteronas y veinte ó treinta parejas más colocadas unas tras las otras simulando una culebra que ondulaba en caprichosas curvas. El Cashier rompió la marcha y tras él siguieron los demás. El buen hombre, como cabeza de aquella culebra, seguía, marchando al compás de la música, las mas imprevistas direcciones. La pluma blanca de su compañera ondulaba erecta y nivea como una oriflama de triunfadora gloria. Sobresalía de todas las cabezas como estandarte heráldico de su propia fuerza de mujer y también como la de la potente fuerza intelectual de su marido, el conspicuo abogado que, como apoderado de la compañía, representaba el capital y por ende el progreso y la libertad y la civilidad y la tranquilidad y la humanidad

... Esto que acudía en aquellos momentos, á la mente del calleresco Cashier, le hizo llamarla, en un arranque de sentimental galantería y refiriéndose á su belleza, á su marido y á su ele-

gancia, "La "héroa" de la Paz" nombre que, al mismo tiempo que sonó como música celestial en los oídos de la Robleda, hace palpitar de emocionante gratitud el corazón de quince millones de mexicanos, por que es el calificativo que le damos á nuestro querido Papá que casi, casi es también, nuestra querida mamá y reasume, pudiera decirse, toda nuestra parentela. Bendito sea él y Dios nos lo conserve por los siglos de los siglos.

Todos seguían las evoluciones que la cabeza de la culebra y la pluma blanca iniciaban. Después de cinco minutos de ir en curva, en línea recta, en contra marcha, en oblicua etc. etc. los muchachos empezaron á aburrirse y protestaron ruidosamente contra la triunfal marcha. Los viejos que habían de ir, volver y tornar se dispersaron sin esperar que concluyera, dejando á la juventud dueña del campo, y la que continuó el "two-step" con ese donaire especial y esa gracia delicadísima que nos ha venido del Norte.

Amados lectores míos, queréis ver el más inespresivo gesto que mejor caracterize la imbecilidad ó la verdadera fisonomía de la estupidez?—fijaos en la cara que ponen los que bailan un "two-steps". Es probable que esto sea

por que toda la inteligencia\* se vá á los pies de los bailadores y la cabeza queda desalojada de la mas noble facultad.

